“Las penas del joven Werther”

Johann Wolfgang Goethe

10 de mayo

Semejante a una de esas suaves mañanas de primavera que dilatan mi corazón, priva en mi espíritu una gran serenidad. Estoy solo y gozo y me regocijo de vivir en estos sitios, creados para almas como yo. Me siento tan feliz, amigo mío, estoy tan absorto en el sentimiento de una plácida vida, que hasta mi talento resiente su efecto. Mi pincel y mi lápiz no podrían trazar hoy la menor línea, dibujar el menor rasgo, y no obstante, jamás me he sentido tan gran pintor como hoy. Cuando los vapores de mi querido valle suben hasta mí y me rodean, y el sol en la cima lanza sus abrasadores rayos sobre las puntas del bosque oscuro e impenetrable, y tan sólo algún dardo de fuego puede penetrar en el santuario, tendido cerca de la cascada del arroyo, sobre el menudo y espeso césped, descubro otras mil hierbas desconocidas; cuando mi corazón siente más cerca ese numeroso y diminuto mundo que vive y se desliza entre las plantas, ese hormigueo de seres, de gusanos e insectos de especies tan diversas de formas y colores, siento la presencia del todopoderoso que nos creó a su imagen, y el hálito del amor divino que nos sostiene, flotando en un océano de eternas delicias. ¡Oh, amigo! Cuando ante mis ojos aparece lo infinito sintiendo el mundo reposar a mi alrededor, y tengo en mi corazón el cielo, como la imagen de una mujer querida, dando un gran suspiro, exclamo: “¡Ah, si pudieras expresar, estampar con un soplo sobre el papel lo que vive en ti con vida tan poderosa y tan ardiente; si tu obra pudiera reflejar tu alma, como ésta es el espejo de un Dios infinito…”Pero, ¡ay, querido amigo! Me pierdo, me extravío y sucumbo bajo la imponente majestuosidad de esta visión.

12 de mayo

No sé si por estos lugares se pasean hechiceros espíritus o si un delirio del cielo llena mi pecho, porque todo lo que me rodea me parece un paraíso. A la entrada de la ciudad hay una fuente… una fuente a la que me encuentro adherido, como por encanto, igual que Melusina y sus hermanas. A la falda de una pequeña colina, se puede ver una bóveda; se bajan 20 escalones y se ve saltar el agua más pura y transparente de los peñascos de mármol. La pequeña pared que forma su recinto, los árboles, que techan con su sombra la frescura del lugar, todo esto tiene un no sé qué atractivo y desconsolador al mismo tiempo; y no pasa un día que deje de descansar ahí una hora. Las mozas vienen a buscar agua; ocupación inocente y pacífica, que no desdeñaban en otros tiempos las hijas de los reyes. Cuando ahí estoy sentado recuerdo una vida patriarcal; rememoro que nuestros antepasados a la vera de la fuente creaban sus relaciones; que ahí era adonde iban a hablarles de amor; que alrededor de las claras fuentes revoloteaban y jugueteaban incesantes mil genios bienhechores. ¡Oh! Si hay alguien incapaz de sentir aquí lo que yo siento, es

que no ha probado el placer de la suave frescura de una fuente, después de una larga jornada por un camino árido y vacío, bajo los ardientes rayos de un sol que quema

24 de julio

Dado el interés que manifiestas en que no descuide el dibujo, casi prefería callar a decirte que desde hace mucho apenas y lo he atendido. Jamás he sido tan feliz; nunca me ha impresionado la naturaleza de manera tan honda: hasta un piedra, un tallo de hierba… y, sin embargo, no puedo expresarme. ¡Mi imaginación está tan débil! Todo vaga y oscila de forma que ni siquiera puedo captar un contorno. A pesar de ello, me figuro que si tuviera barro o cera, modelaría a la perfección todo lo que concibo. Si esto dura, me entretendré con barro común, aunque sólo haga bolitas. Tres veces he comenzado el retrato de Carlota y las tres me ha salido mal. Esto me es tanto más sensible, cuanto que hace poco tenía gran facilidad para sacar el parecido. En fechas recientes he hecho su retrato de perfil; tendré que contentarme con él.

25 de julio

Sí, amada Carlota, todo se encargará y todo se ejecutará; vengan encargos con más frecuencia, vengan en todo momento. ¡Ah! Sólo pido un favor, que no haya arenilla en los billetes que recibo. Mi primer movimiento fue llevar a mis labios el de esta mañana y he sentido la arenilla hacer ruido en mis dientes.

26 de julio

¡Cuántas veces me he prometido no verla tanto! ¡Ah! ¿Quién puede resistir y cumplir este objetivo? Todos los días caigo en la tentación y al regresar de verla, me digo, como por excusa o consuelo: “¡Mañana no irás!” Llega ese mañana y con él, sin explicación, un motivo inexcusable para visitarla; y antes de que haya tenido tiempo para reflexionar sobre ello, me hallo en su casa. Una vez, porque me dice al despedirnos “¿vendrá usted mañana?” ¿Es posible no aceptar semejante oferta? A veces me da un encargo y yo pienso que sería una falta de atención no llevarle yo mismo la contestación; y otras veces, en fin, haciendo un tiempo tan magnífico, es imposible no salir del cuarto y disfrutarlo. Entonces salgo y camino hasta Wahlheim, y al llegar, como no es más que media legua hasta su casa… me siento como atrapado en su misma atmósfera y sin saber cómo, llego a su lado. Mi abuela nos contaba la historia de la montaña Imán; todos los barcos que pasaban cerca de ella perdían su herraje; los clavos, como si tuvieran alas, volaban hacia la montaña, se desunían de la madera y los pobres marineros quedaban perdidos y sin más remedio que tomarse de los tablones flotantes.

30 de julio

Alberto ha llegado y yo me marcharé. Aunque él fuera el mejor y más noble de los hombres, y yo reconociera mi inferioridad bajo todo concepto, no soportaría que a mi vista tuviera tantas perfecciones. ¡Tener! Basta, Guillermo; el novio está aquí. Es un joven bueno y honrado que

inspira cariño. Por suerte no he presenciado su llegada; me hubiera desgarrado el corazón. Es tan generoso que ni una vez se ha atrevido a abrazar a Carlota delante de mí. ¡Dios se lo pague! La respeta tanto, que debo apreciarle. Se muestra muy afectuoso conmigo y supongo que esto es más obra de Carlota que efecto de su propia inclinación; las mujeres son muy mañosas en este sentido y son firmes: cuando pueden hacer que dos de sus adorados vivan en buena inteligencia, lo que sucede pocas veces, lo logran, y el beneficio es sin duda para ellas. Sin embargo, no puedo negar mi estima a Alberto. Su exterior tranquilo hace un contraste muy marcado con mi carácter turbulento, que en vano me gustaría ocultar. Es sensible y no desconoce el tesoro que tiene en Carlota. Parece poco dado al mal humor que, como sabes, es el vicio que más detesto. Me considera un hombre talentoso y mi amistad con Carlota, unida al vivo interés que tomo en todas sus cosas, da más valor a su triunfo y la quiere cada vez más. No averiguaré si suele atormentarla a solas con algún arranque de celos; pero confieso que si yo estuviera en su lugar los sentiría. Sea lo que sea, la alegría que sentía al lado de Carlota se ha ido. ¿Diré que esto es locura o ceguera? ¿Pero qué importa el nombre? El asunto no puede ser más claro. No sé hoy nada que no supiera antes de que llegara Alberto; sabía que no debía formar ninguna pretensión con Carlota y yo la había formado… quiero decir: únicamente sentía lo que no se puede evitar al contemplar tantos hechizos; y con todo, no sé qué me pasa al ver que el otro llega y se queda con la dama. Estoy que bramo y me burlo de mi miseria, y más aún, lanzaría mis sarcasmos sobre quien diga que debo resignarme, y que como esto no podía suceder de otro modo; ¡vayan al diablo los razonadores! Vago por los bosques y cuando llego a casa de Carlota y veo a Alberto sentado a su lado, entre el follaje del jardín, y tengo que controlarme, me vuelvo loco y hago mil necedades. -En nombre del cielo -me ha dicho ella hoy-, te ruego que no repitas la escena de anoche; eres espantoso cuando te pones tan contento. Te diré, entre nosotros, que acecho todos los momentos en que él tiene que hacer; de un salto, me meto en la casa y me vuelvo loco de gozo siempre que está sola.

Después de las 11

“Todo duerme a mi alrededor y mi alma está tranquila. Te doy las gracias, Dios, por haberme concedido en momento tan supremo resignación tan mayúscula. Me asomo a la ventana, amada mía, y distingo a través de las tempestuosas nubes unos luceros esparcidos en la inmensidad del cielo. ¡Ustedes no desaparecerán, astros inmortales! El eterno los lleva, lo mismo que a mí. Veo las estrellas de la Osa, que es mi constelación predilecta, porque de noche, cuando salía de tu casa, la tenía siempre enfrente. ¡Con qué delicia la he visto tantas veces! ¡Cuántas veces he levantado mis manos hacia ella para tomarla por testigo de la felicidad que entonces disfrutaba! ¡Oh, Carlota! ¿Qué hay en el mundo que no traiga tu recuerdo a mi mente? ¿No estás en todo lo que me rodea? ¿No te he robado, con la codicia de un niño, mil objetos sin importancia que habías santificado con tu toque? “Tu retrato, muy querido para mí, te lo doy con la súplica de que lo conserves. He impreso en él mil millones de besos y lo he saludado mil veces al entrar en mi habitación y al salir de ella. Dejo una carta escrita para tu padre, en la que ruego proteja mi cadáver. Al final del cementerio, en la parte que da al campo, hay dos tilos, en cuya sombra deseo descansar. Esto puede hacer tu padre por su amigo y tengo la seguridad de que lo hará. Pídeselo tú también, Carlota. No pretendo que los piadosos cristianos dejen depositar el cuerpo de un desgraciado cerca de los suyos. Quisiera que mi sepultura estuviera a orillas de un camino o en un valle solitario, para que cuando el sacerdote o el levita pasen junto a ella, elevaran sus brazos al cielo, con una bendición, y para que el samaritano la regara con sus lágrimas. Carlota: no tiemblo al tomar el cáliz terrible y frío que me dará la embriaguez de la muerte. Me lo has entregado y no dudo. Así van a cumplirse todas las esperanzas y todos los deseos de mi vida, todos, sí, todos. “Sereno y tranquilo tocaré la puerta de bronce del sepulcro. ¡Ah! ¡Si hubiera tenido la suerte de morir como sacrificio por ti! Con alegría y entusiasmo hubiera dejado este mundo, seguro de que mi muerte afianzaba tu descanso y la felicidad de toda tu vida. Pero, ¡ay!, sólo algunos seres con privilegios logran dar su vida por los que aman y ofrecerse en holocausto para centuplicar los goces de sus existencias amadas. Carlota: deseo que me entierren con el vestido que tengo puesto, pues tu lo has bendecido al tocarlo. La misma petición hago a tu padre. Mi alma se cierne sobre el féretro. Prohíbo que me registren los bolsillos. Llevo en uno aquel lazo de cinta rosa que tenías en el pecho el primer día que te vi, rodeada por tus niños… ¡Oh!, abrázalos mil veces y cuéntales la desgracia de su amigo. ¡Cómo los quiero! Aún los veo agitarse a mi alrededor. ¡Ay! ¡Cuánto te he amado, desde el momento primero de verte! Desde ese momento comprendí que llenarías vida… Haz que entierren el lazo conmigo... Me lo diste el día de mi cumpleaños y lo he guardado como una reliquia santa. ¡Ah! Nunca sospeché que aquel principio llevaría a este final. Ten calma, te lo suplico, no desesperes... Están cargadas… Oigo las 12… ¡Que sea lo que tenga que ser! Carlota… Carlota… ¡Adiós! ¡Adiós!

Hoja de respuesta

“Las penas del joven Werther”

OBJETIVO: Análisis de las características del Romanticismo.

|  |
| --- |
| 1. Reconozca y explique dos características del Romanticismo presentes en el texto / 4 puntos |

|  |
| --- |
| 2. ¿Con qué elemento se asocia o evidencia la fatalidad en el relato epistolar? Explique detalladamente /2 puntos |

|  |
| --- |
| 3. Explique el conflicto presentado entre los anhelos y la realidad. Fundamente su respuesta con dos fragmentos textuales /5 puntos |

|  |
| --- |
| 4. ¿Cómo se evidencia en el relato los temas de la inconformidad consigo mismo y la muerte como salida a los tormentos? Fundamente con ejemplos respectivos /4 puntos |